

CARAS Y CARETAS

SEMANARIO FESTIVO
DECANO DE LOS PERIODICOS ILUSTRADOS

Director: ARTURO GIMENEZ PASTOR

AÑO III
Nº 118
Mayo 31 de 1896

PRECIOS SUSCRICION
MONTEVIDEO-DEPARTAMENTOS

Un mes	\$ 1,00
Seis meses	» 5,00
Un año	» 9,00

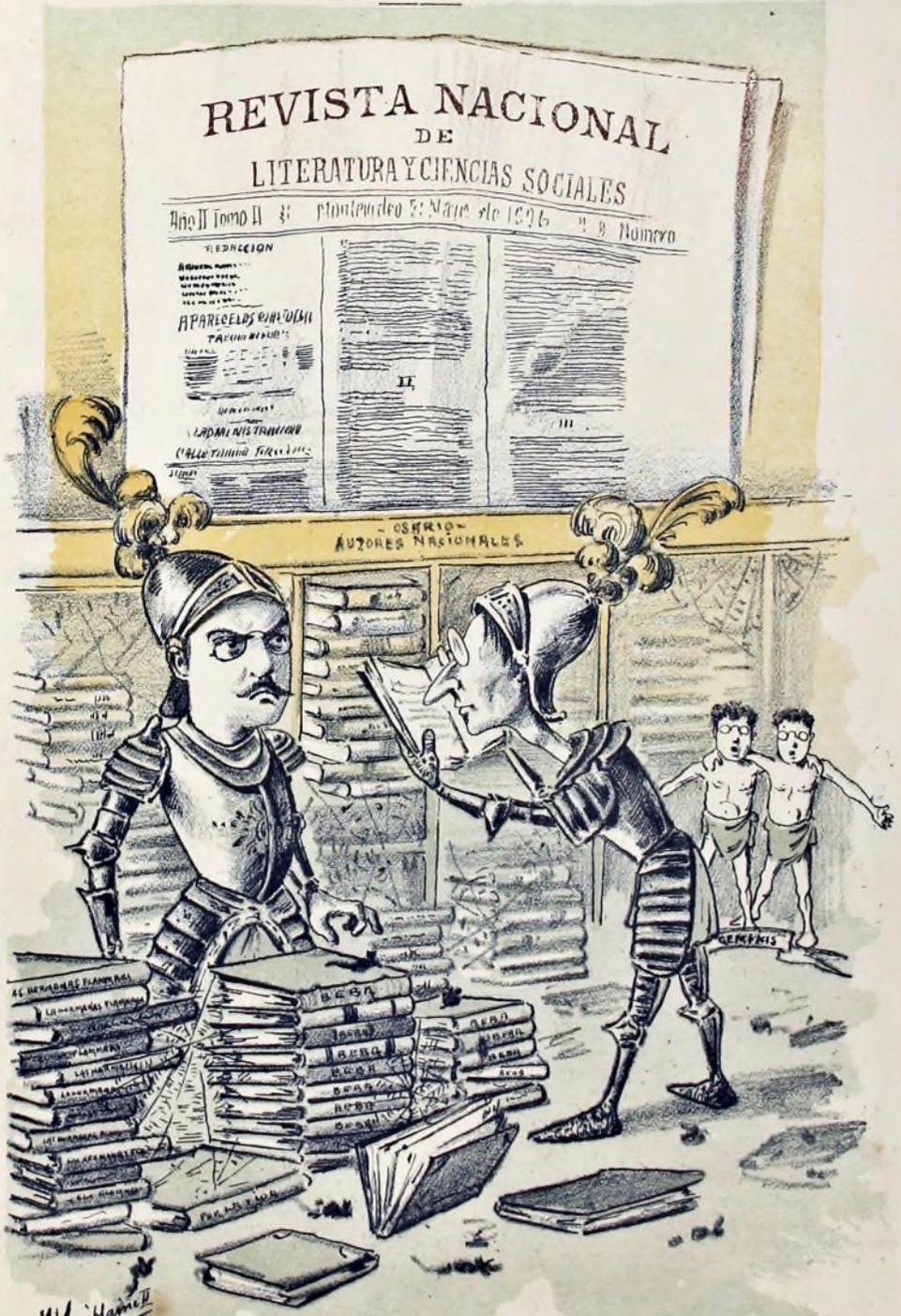
EXTERIOR
Los mismos precios en moneda equiva-
lente, con el aumento del franqueo.

Número corriente 30 centesimos + Número atrasado 40 centesimos

EN VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS
SE PUBLICA LOS DOMINGOS.

Oficinas: CALLE URUGUAY, 301
MONTEVIDEO.

La prensa en broma



A estas muestras de cultura
pasar revista contrista:
vamos; que en linda figura
se presenta á la revista.
la jóven literatura!

SUMARIO

TEXTO—Mariposeo, por Anco Kalio—De Perez Zúñiga, «Humoradas al uso»—Para ellas—Luisa, (conclusión)—El retrato de hoy: Carlos Gómez—Teatros, por Re-Bemol—Sport, por Zapicán II—En preterito perfecto—San Felipe año III, por Arturo Giménez Pastor—Correspondencia particular—Correo administrativo.

GRABADOS—La Prensa en broma, *Revista Nacional*, por Wimplaine II—Para ellas: retrato de la señorita Julia Villegas, por Aurelio Giménez—Pasando revista, por Wimplaine II—Carlos Gómez—Museo cómico de CARAS Y CARETAS, Blanca—El remate de una bandera, y varios intercalados en el texto, por A. Giménez.



Nada; que va á ser reelegido D. Juan. Sin duda por aquello de que «al que no quiere caldo la taza llena».

Claro; como no lo podemos aguantar más, será menester que lo aguantemos otros cuatro años.

Lo asegura *La Nación*...

«A nadie se le ocurrirá, seguramente, que sea cosa de encantamiento, ni la reelección del Presidente de la República, ni la prolongación de un período excesivamente corto para ejercer aquél.»

Tal no piensa ni un momento quien la cuestión esa aborda. No es cosa de encantamiento; que es cosa de Idiarte Borda.

La verdad es que si piensa en la reelección, razón y razón sobrada tiene D. Juan.

Y los que se empeñan en que no lo piense, grandes tontos y mal intencionados demuestran ser.

Porque, hay que pensar. El gana espléndido sueldo; come, como nadie se figuró que pudiera hacerlo un sér humano decente; se divierte que es un contento para él y la familia; en todas partes le rinden honores que no se merece, y le dan de comer; si hace una barbaridad, los amigos dicen que es bárbaro pero simpático; si no la hace, algunos se estrañan; si dice disparates, todo el mundo reconoce que los dice de primer orden; si hace el Banco, algo le tocará.

¿Y se pretende que un hombre como don Juan renuncie á todo esto voluntariamente al cabo de cuatro miserables años de Presidencia?

Y luego, los amigos dicen que el período es corto, y que las instituciones son un lindo dogal....

Pues cosa es muy natural que no quiera ya en la tierra llevar la vida tan perra cual lo fuera con dogal.

En el barrio Artigas una señora alumbró en plena calle.

Las cosas van haciéndose de tal manera, que cualquier día saca algún esposo cariño-

so su cama de matrimonio á la plaza, ó se echa la criada á cocer el puchero en la fuente de la Matriz.

Lo malo es que los que no irán á parar nunca á la calle son precisamente los que más nos estorban adentro.

Y no es alusión á Nebel, Brian, ni don Juan.

El caso es que si el recién nacido no resulta un joven vagabundo será porque nada tienen que ver los vagabundos con la calle.

Y al saber esto, no habrá quien considere bastante á provocar quejas el haber encontrado escollos en la carrera de la vida, porque á cualquiera deja chiquito ese que ha encontrado de primera los adoquines, recibiendo, por decirlo así, un bautismo de piedra.

Que hace (*á priori*) padrino á Vilaza, como presidente de la Junta.

Por otra parte, el hecho del parto en la vía pública, encierra quizá una sátira á la Municipalidad y sus luminarias intermitentes, que todas las noches dejan á oscuras una parte ú otra de la ciudad.

Quizá en el barrio de la señora parturienta es frecuente este fenómeno, y se dijo:

—¿Es que así hemos de pasar por colmo de desventuras pagando impuestos y á oscuras? No; pues yo voy á alumbrar!

Dicen que ya está pronta la carta orgánica del futuro Banco.

Una de las bases es que «la emisión menor será convertible á oro y á plata.»

Los que ya sabemos algo de estas cuestiones de conversiones, y sobre todo inconversiones, desde la del Banco Nacional, nos contentaremos con que sea esa emisión famosa convertible en... cualquier cosa; aunque sea en salchichón.

Telegrama de Cuba por vía Keywest. «*Keywest*, 28—Antonio Maceo ha hecho prisionero al General Segura, cerca de la trocha.»

Si la noticia no es trunca y no hay más, es natural pensar que está el general, hoy más *Seguro* que nunca.

Dice *El Día* que el diputado Barbot, por alcanzar á D. Julio Herrera, tropezó en un peldaño de la escalera de Solís, yendo á dar de narices contra el espejo de una de las puertas del primer piso.

La caída no tuvo consecuencias desfavorables.

Es esplicable.

Peores caídas ha tenido el diputado caídas condenables, y para él, al contrario han resultado por demás agradables.

Cuando no le han dado una canonjía, le han dado una diputación.

Y por otra parte, iba á juntarse con D. Julio, y si fueses moralista,

en esto lector verías que se pone en evidencia, la perjudicial influencia de las malas compañías.

Por cuestión de rivalidades, comunes en poblaciones pequeñas, los vecinos de un barrio de Hill City (E. U.) enemigos de los del barrio en que se hallaba situada la oficina de correos, cargaron con ella en peso, transportándola á sus dominios.

Vaya; que podemos enorgullecernos de no ser menos que los norte-americanos, gracias á nuestro correo.

Aquí, en negocios como esos hace más, pues nos arruina llevándose los impresos y dejando la oficina.

ANCO KALIO.

DE PEREZ ZÚÑIGA

Humoradas al uso

Toda mujer, que quiera, que no quiera, ó es casada, ó es viuda, ó es soltera.

En la ventana, expuesta á resfriarte,

estás, niña gentil, muy de mañana; más pienso que si estás á la ventana, será porque te obliguen á asomarte, ó será porque á ti te dé la gana.

¡Para los pobres cazadores viejos siempre es tiempo de veda tratándose de caza de conejos!

En Madrid, bien de noche ó bien de día, sin usar del tranvía no hay quien pase, cualquiera sea su fortuna ó clase.

¡Pero en la tumba fría nadie se acuerda ya de que hay tranvía!

¿Que cuando tienes un dolor moral te muerdes la nariz? ¡Pues haces mal!

Si tu amable señora, de amor ciega, abraza y besa á algún desconocido cuando tú no la ves, ten entendido que tu amable señora te la pega.

¡Cuán triste es ¡ay! la condición humana! ¡El ayer! ¡luego el hoy! ¡luego el mañana!!!

Por un beso en tus labios virginales, bien podría uno dar hasta seis reales.

Hay masculinos séres que se parecen mucho á las mujeres.

¡Bien dice un gran filósofo de Grecia (no recuerdo su nombre) que, lo mismo en Pamplona que en Venecia, el niño crece y se convierte en hombre!

¿Qué me dices, lector, de estas bobadas?

¿Qué no te han satisfecho?

Pues de género igual, y en serio escritas, las verán á montones publicadas.

Y no siento, en verdad, haberlas hecho, porque al ver que hay personas infinitas que nacen escribiendo *humoraditas*, ya me hallaba yo mal en este mundo sin dar señales de escritor profundo.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.



Tararúúú, tarúúú!

Esto, en lenguaje militar, y en clarín (en clarín sobre todo) se llama *toque de atención*.

Atención pues.

Desde el domingo que viene, Dios mediante, (si me desvivo por ofrecer novedades á ustedes!) empezaremos á publicar una galería de retratos de niñas, de *chiquilinas*, para más claridad, incluyendo todas aquellas de quienes tenemos retrato en traje de fantasía. Puedo asegurarles que será una colección preciosa, tanto por lo gracioso de las caritas, cuanto por lo elegante y original de los trajes.

Empezaremos con la niña de Furest, que representó en las fiestas del Ateneo á nuestro colega *El Telégrafo Marítimo*, y con la que Fritz Patrick ha hecho una obra maestra de buen gusto.

Nuestro mayor placer sería publicar el retrato de todas las niñas que simbolizaron la Prensa en dichas fiestas, pero ¡parece mentira que á las mamás no les remuerda la conciencia por no tener recuerdos de esas cosas! no hay sino muy contados retratos.

En fin, los que haya, saldrán.

Pero yo, si fuera mamá, llevaba en seguida á re-
tratar á mi hija. Deveras!

ALINA DORÉ.

LUI SA

ESTUDIOS SOBRE LA MUJER

Por E. M. DE LYDEN

(TRADUCIDO EXPRESAMENTE PARA «CARAS Y CARETAS»)

(Conclusión)

XVII

Lo primero que hizo Mr. Camphrinet cuando se vió con Luisa en el carruaje, fué abrazarla hasta el estremo de sofocarla casi; gruesas lágrimas corrían de los ojos del anciano, mudo de emoción.

Se dirigieron á la casa de Mme. Camphrinet, y en el camino se convino que el ex-drogiero, portador de la carta en que el coronel daba sus excusas, esperaría en la estación al hermano de Luisa y al otro testigo; que se les instruiría de lo que había pasado, exigiéndoles el secreto; despues irían estos como si nada hubiera sucedido, á casa de Mr. Deslandes, recibirían sus instrucciones y se trasladarían á casa de Mr. d'Herry para darle gracias de nuevo en nombre de Luisa, y por último que entregarían á Mr. Deslandes la famosa carta.

Hecho esto se reunirían á la noche, como casualmente, en casa de Mr. Deslandes, suplicando á Mme. Bernard que no dejase de ir.

Luisa llegó á su casa mucho antes del anochecer, con el corazón lleno de alegría. La pobre mujer había cumplido dignamente su misión de esposa, salvando á su marido.

Mr. Deslandes puso en orden todos sus asuntos, escribía cartas, y tomaba, en fin, todas las precauciones que las circunstancias exigían.

La jóven apenas pudo contener su gozo. Luego que hubo entrado abrazó á su marido con efusión.

—Y bien, mi pobre niña ¿has rezado mucho? Me parece, sin embargo, que has estado bastante tiempo, dijo Deslandes.

—Es que tenía mucho que pedir á Dios.

—¿Vamos, qué hay? continuó Deslandes trayéndola hacia sí.

—En primer lugar te conservo mi cariño.

—¿Es decir que me amas todavía á pesar de mis faltas?

—Siempre, y más que nunca... despues he rogado á Dios que me conceda todo lo que me falta para agradarte, y que continúes amándome siempre.

Deslandes abrazó á su mujer, diciendo para sí que este siempre podía limitarse á algunas horas... Luego, y á fin de cambiar de situación, la dijo:

—¡Ah! durante tu ausencia ha venido una visita.

—¿Una visita á esa hora! ¿Quién?

—Mme. Lemaire... Hasta insistió en verte. ¿Sabes algo?

—No, á fe mía, respondió Luisa, que ignoraba los pasos que había dado su hermano. Uno de estos días iré á verla.

Uno de estos días, murmuró Mr. Deslandes, volviendo á girar en el círculo de ideas de que hubiera querido salir... ¡Unos de estos días! ¡quién sabe!...

Luisa comprendió estas palabras de temor y de pena, y estuvo á punto de no poder callar; pero al mismo tiempo era de temer que Mr. Deslandes, instruido de los pasos que había dado su mujer, se negase á recibir unas excusas que llegaban de un modo tan singular; y entonces ¿qué sucedería?...

En esto entró la portera, á decir que Mr. Lemaire insistía en ver á Mr. Deslandes.

Los dos esposos se miraron admirados.

Evidentemente los Lemaire sabían algo.

Fué pues recibido y todo se explicó.

—Gracias por vuestra adhesión, amigo mío, dijo Deslandes; pero es probable que yo no tenga que recurrir á ella, porque mi mujer ha avisado á su hermano Eduardo... No importa, gracias...

Despues añadió en voz baja:

—No temáis... todo está arreglado... Chis...

Luisa pensó toda la noche en el pasado; recorrió todos los días de su vida, por decirlo así, desde su casamiento, y reconoció que tal vez, que hasta probablemente, se habría librado de muchas penas, de muchos dolores, si hubiese tenido en cuenta las observaciones de su marido y si no hubiese prestado oídos á los oficios y los torpes avisos de mamá Camphrinet. También convino que el mejor modo de conservar la felicidad conyugal, la tranquilidad del hogar, doméstico, es ser una misma la guardiana, y que la inconstancia de los hombres nace la mayor parte de las veces de la indiferencia de las mujeres consigo mismas; en una palabra, se confesó que una esposa debe saber vencer sus hábitos y sus gustos, y tratar de aparecer siempre bien, á fin de



agradar continuamente al que la vé todos los días. Despues se durmió confiando en Dios, y soñó que su marido la galanteaba.

Al día siguiente todo pasó como Luisa lo había preparado.

Eduardo Bernad y su amigo, avisados por Camphrinet, recibieron las instrucciones de Mr. Deslandes, y fueron á casa del coronel; pero allí supieron que éste habíase ido aquella noche misma con Mme. Ferrand; última circunstancia que se ocultó, como es de suponer, al antiguo profesor de la cantatriz, llevándole solamente las excusas escritas por mano de su adversario.

Mr. Deslandes no pudo menos que admirarse en estremo; pero por muy estrañas que estas excusas le pareciesen, le fué preciso contentarse con ellas.

Tres meses despues, gracias algunos anticipos he-

chos por Mr. Lemaire, el matrimonio volvió á hallar su antiguo y modesto bienestar.

Mr. Deslandes continuó trabajando con ardor.

Luisa se volvió coqueta—para su marido—y casi altiva, y una tarde que la jóven convidó á sus amigos y á su madre para celebrar el día de su santo, les dijo á los postres, aunque sonrojándose un poco:

—Si es niña, la enseñaré á ser coqueta para su marido.

Mr. Deslandes ignoró siempre la verdad sobre las excusas del coronel.

Mme. Bernard tampoco supo nunca lo que había pasado.

En cuanto á Mme. Camphrinet, la rogó Luisa simplemente que guardase para ella sus consejos ó que dejara de visitarla.

PASANDO REVISTA

Caras y Caretas

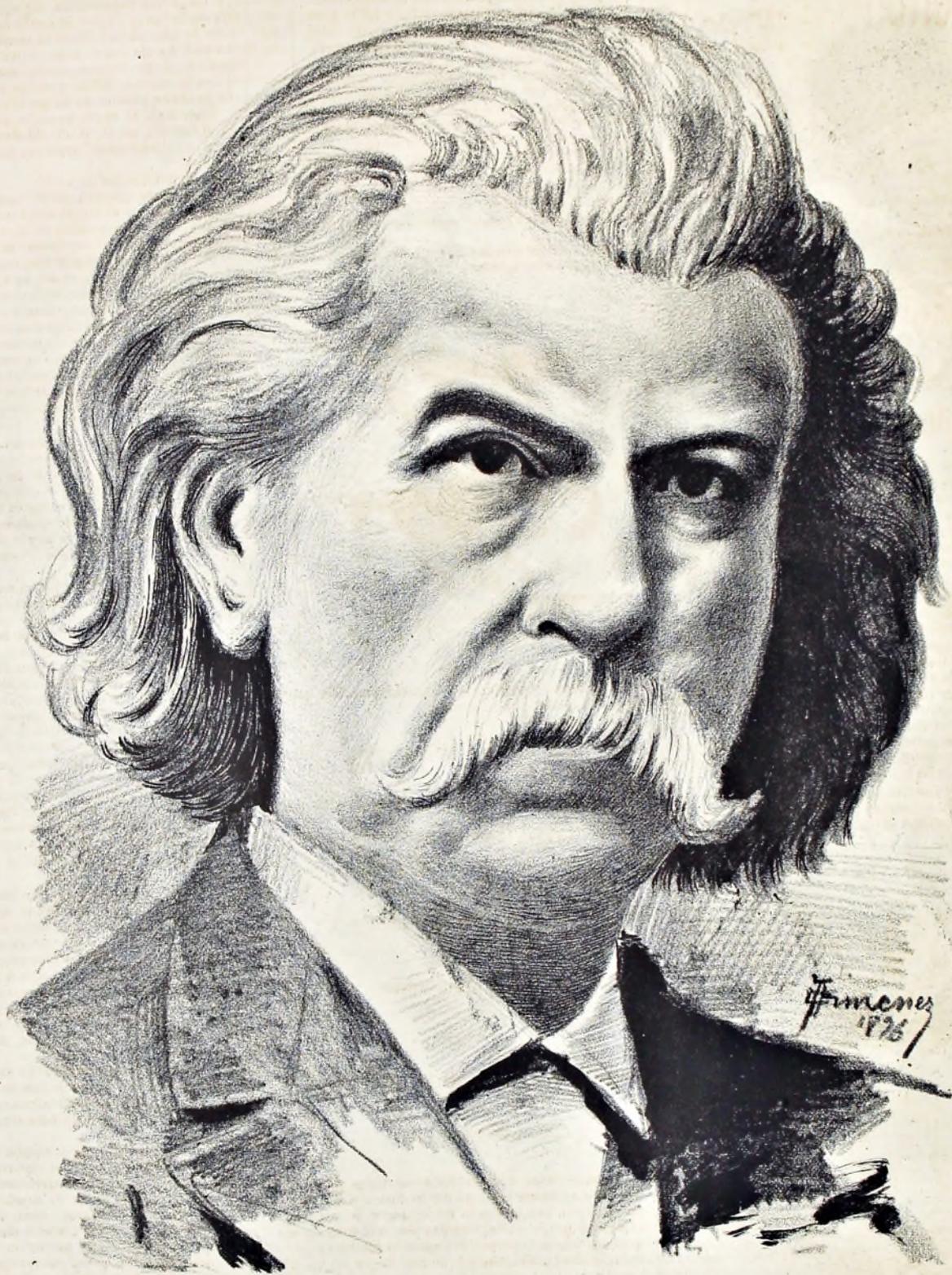


Wimplaine II

Del Sauce en los campos
el bravo don Juan
pasó así revista
al pueblo leal,
del Sauce á los campos
llevado por Pan.
En brioso caballo
montado, aunque mal,

continente activo,
mirada tan mal,
del Sauce en los campos
recorre don Juan
pasando revista
al pueblo leal.
El viento en lleno
y alegre voz,

escucha los ¡viva!
del pueblo leal
que á gritos pregona
su gloria inmortal....
¿Qué es eso?, ¿qué ocurre?
¡oh pueblo leal!
¿Del Sauce en los campos
es aun Carnaval?



CARAS Y CARETAS.

CARLOS GÓMEZ

Y ahora, mis queridas lectoras, á quienes particularmente he dedicado esta historia verdadera, os confieso que hubiese querido concluir de un modo muy dramático, pero la verdad me obliga á terminarla como un cuento de hadas.

Vivieron dichosos, y tuvieron muchos hijos.

FIN

EL RETRATO DE HOY



CARLOS GÓMEZ

Carlos Gomez va á morir. Los últimos telegramas nos han anunciado la fatal sentencia pronunciada por la ciencia contra el cantor brasilero.

Ninguna ocasión mejor, pues, para rendir un homenaje al autor *El Guarani*, que la presente, cuando su inspiración lujosa y opulenta como la flora tropical va á extinguirse devorada la vida por el horrible cáncer.

Montevideo sólo conoce de los frutos de su talento robusto, las grandes páginas de *El Guarani*, algunos de cuyos motivos se han hecho populares, como todo aquello que sabe buscar eco en el gran corazón de las multitudes.

Nos queda por conocer de su obra *El Esclavo*, *Condor* y *Salvador Rosa*, pero la sanción europea, que ningún otro maestro americano logró aún, es bastante garantía de su bondad.

Carlos Gómez va á morir. Se cumplirá nuestro deseo si su retrato entre los de los inmortales del genio hace sobrevivir su recuerdo en la retina y en la memoria de aquellos que no tengan ocasión de admirar siempre vigorosa y ardiente su inspiración, que vivirá eternamente en sus obras.



Brillantísima fue la función dada en Solís en celebración del 25 de Mayo.

Mucha y muy selecta concurrencia, lucidos tocados, espléndidos vestidos, bonitas cabezas; pongan ustedes todo esto en la sala de Solís, y ya pueden figurarse lo que yo callo por brevedad y necesidad, pues que no he de poder describirlo bien.

La interpretación de *Rigoletto*, de regular para abajo, debido á la fatal desafinación de Pellegrino

en el agudo final de la canción del cuarto acto, y á desquicio orquestal en final del mismo.

En *I pagliacci*, Derubeis aclamado, la Paoli aplaudida, Pozzi más que aplaudido, y la orquesta digna de ellos. En fin, lo de otras veces.

El martes se repitió *Orfeo en los infiernos*, con igual éxito que la otra vez, y el miércoles se dió *Carmen*.

En esta ópera, correspondió el primer aplauso al barítono Pozzi, correctísimo en la interpretación musical, en la acción dramática (lo cual es raro) y en la indumentaria (lo cual es mucho más raro). Este artista, y deseamos y esperamos no equivocarnos, hará carrera é irá hasta la meta.

Luego, hemos de hacer mención de la simpática Marchessi, que dió mucha gracia á su papel.

Por lo que toca á Derubeis y á la Gori, es del caso decir que ninguno manifestó facultades bastantes para llenar las exigencias de la partitura.

Derubeis tiene mucho talento, pero no tiene bastante extensión de voz; la Gori tiene por ahora demasiado volumen, y, es claro, se fatiga más de lo regular. Para *Carmen* le falta fuerza.

El jueves *La Traviata* fue un éxito para la Padovani y Pozzi.

Y disculpen ustedes la falta de detalles, pero es tarde. Ya ven ustedes; Jueves...

RE-BEMOL.



Nuestros pronósticos en la pasada reunión ocuparon la siguiente colocación:

- 1ª carrera—No placé.
 - 2ª Idem—1º con Cuartelero.
 - 3ª Idem—1º con Jónica y 2º con Tina.
 - 4ª Idem—1º con Junot.
 - 5ª Idem—3º con Motinero.
- Lo cual demuestra que acertamos con tres ganadores.

¡Ah! Si no fuéramos modestos!...

ZAPICÁN II.



EN PRETÉRITO PERFECTO

II

San Felipe antaño

LA ÓPERA

Fuera de toda duda, ni los propietarios ni los pacíficos y modestos vecinos del histórico San Felipe se figuraron nunca que la Providencia, en sus inexcrutables designios, le hubiera preparado tan altos destinos como los que revelaron aquellos carteles anunciando *La Sonámbula*, que un alegre sol de últimos días de invierno calentaba en la calle 25 de Mayo, en la de Solís, en la de Zabala y en la Plaza hasta donde se extendían las manchas amarillas, salpicando aquí y allá las paredes de las casitas enanas, últimas contemporáneas del viejo Fuerte demolido.

Aquello podía considerarse como acontecimiento; íbanse á oír por vez primera en la sala inundada de celeste las grandes obras del más elevado de los géneros teatrales; la voz de los grandes maestros de la música. Ahí estaba anunciado; Bellini... *La Sonámbula*....

Hasta entonces San Felipe había sido el teatro de la comedia, y á lo más, de la zarzuela grande; el teatro de Oliva y Carmona; pero el idioma del Dan-

te en solfa no había llegado aún á herir los oídos de don Francisco Crespo, el antiguo propietario de la confitería y café adosados al teatro, que de tiempo inmemorial hacen el vis-à-vis á la no menos lejana daria tienda del Cabezón.

Una vez quizá llegaron hasta él los gritos del maestro Strigelli, el antiguo director de orquesta, fulminando con su voz tonante y sus tacos contundentes á los desdichados coros de opereta de la compañía de la Pavan Moretti, que ensayaron ocho días la anunciada «Doña Juanita» aunque la cosa no pasó de ahí; pues todo se les volvió ensayos sin que llegaran á presentarse, como esos gauchos á quienes en templar la guitarra se pasa la noche, causando la desesperación de la tertulia.

Pero aquello de la ópera no se la soñaron jamás ni él, ni el Cabezón, ni D. Abelardo Rey, ni ningún otro de los antiquísimos vecinos de aquel feliz barrio.

Se habló de ello no poco.

El dentista Zugarramurdi, asiduo concurrente al café de Crespo conversó largo rato con éste, y hasta D. Martín Perez que pasaba, en marcha hacia su San Francisco, se detuvo un momento á hablar en la puerta de la *Peluquería Fashionable*, con el antiguo dueño, *Monsieur Franc*, que se encogía de hombros elevado casi á la altura de la robusta cerviz de don Martín por sus altísimos tacos franceses.

Hablaban del nuevo acontecimiento, y es de asegurarse sin temor de pecar que los buenos vecinos de San Felipe estaban no poco envanecidos, y Dios me perdone, hasta un tanto desdeñosos al recordar las modestas épocas del San Felipe zarzuelero.

Quizá, quizá, si pasa Carmona por allí sufre algún desaire.

Pues con todo eso ¡fuese usted de los entusiasmos populares! cuando el director de orquesta de la nueva compañía levantó con ademán genial (porque los gustaba) la batuta encargada de evocar de los arcos la inspiración de Bellini, había cincuenta personas en el teatro, contado el que esto escribe, asiduo concurrente en razón de pagar solo media entrada, y algunos otros también asiduos en razón de no pagarla de ningún modo.

Decididamente el público del barrio no estaba aun preparado á las puras emociones del arte elevado.

Componían la *troupe*, la *prima donna soprano absoluta* señorita Terzano, que lo mismo se cantaba el *aria de las joyas* que apechugaba con *Jone*, sin duda favorecida por la pródiga Natura con excepcional extensión de voz; el tenor Julio Milani, de que muchos se han de acordar aún; el bajo Basselli; el director de orquesta y el barítono, cuyos nombres, no bien recordados, suprimo para no faltar á la verdad, á fuer de cronista de conciencia, y doce coristas de ambos sexos, algunos de ellos quizá sin sexo ya á fuerza de mal mantenidos.

El director de orquesta, el tenor y el barítono constituían la razón social bajo cuya firma giraba la empresa. Y empleo esta locución comercial á falta de otra, pues la empresa, á lo que creo, nunca giró nada; pero la razón social se podía poner en solfa.

El maestro dirigía la orquesta de un modo excepcional; nunca he visto á hombre alguno hacer semejante gimnasia ante el indefenso atril. Sin duda por no bastarle la batuta para satisfacer su neurósico de vigor y exactitud en la interpretación, recurría á ambos brazos, y á ambos ojos, y á ambos pies, desarrollando allí, á cada representación, una escena de batutazos, interjecciones rápidas y patadas, que era cosa de verse y que agregaba un acompañamiento bien extraño, por cierto, á las melodías de Bellini.

Como es natural, después de cada una de estas memorables batallas con la indolencia de los profesores, echaba aquel maestro por cada poro una ducha á sesenta grados. ¡Y todo para cincuenta ó sesenta personas!

No era concebible; como tampoco podía concebirse que Basselli, el bajo, se tomara el trabajo que se tomaba para mostrar su atavío de escena (un tanto modesto por culpa de la gente ausente) á tan escaso número de amateurs como iba á admirar su gallardía. Porque es de advertir que si Basselli, decentemente feo por otra parte, no se creía bello, por lo menos procuraba mucho parecerlo. En el tiempo que tardaba aquel hombre en pintarse podían pintarse cuatro casas; era un retocar los tizones de los ojos, y esfumar el colorete de las mejillas, y engomar el bigote y esponjar el pelo, que no parecía sino que tenía un año por delante. Verdad es que no había público bastante para poder impacientarse.

Y luego, ¡parece mentira! una vez que salía á la escena nadie le encontraba nada de extraordinario.

En cuanto á la señorita Terzano, al fin mujer aunque no de sobrada belleza, se preparaba tambien cual si debiera aparecer ante gran multitud.

Pero esto es lo que nunca consiguió ver la ópera en San Felipe. Como se sostuvo aquella compañía dos meses ó más, es cosa que nadie se ha explicado

Museo cómico de «Caras y Caretas»



JUAN M. BLANES—El remate de una bandera

hasta hoy; pero en aquel tiempo gobernaba el inolvidable don Máximo Santos, y los habitantes estaban acostumbrados á ver cosas maravillosas.

El caso es que cuando los más benévolos de entre los concurrentes dábamos en la idea de aplaudir, nos hacía el efecto de que aplaudíamos en un algarabía; pero esto tenía la ventaja de multiplicar la intensidad de la voz de los cantantes.

Noche á noche, Milani, recostado contra la puerta de su camarín, ya vestido con el traje de «La Sonámbula», fumando distraído é indiferente su cigarrillo de la paja, respondía á don Federico Paullier, entonces dueño del teatro, al hacerle éste su acostumbrada pregunta sobre el negocio:

—Eh... Ni parra fósforos!

Y no sería ciertamente por falta de variedad en el repertorio, porque tan pronto cantaba Milani «La Sonámbula» como gritaba la Sta. Terzano «Norma», y no era cosa de que arredrara á aquellos bravos «Faustos», que dieron un domingo, ejercitando con ello un verdadero lujo de crueldad para con el pobre director de orquesta que, con la gran marcha, por poco revienta ó revienta á los coristas.

A los que entonces no éramos muy entendidos en música, nos dijeron algunos asistentes nuevos, atraídos por el anuncio de la obra de Gounoud, que aquello había sido una broma pesada.

Quizá tuvo la culpa de todo el *aria de las joyas*, que tal vez no escribió el maestro francés para la Sta. Terzano precisamente; quizá la tuvo el *maestro*, poseído durante toda la noche de frenético ataque; quizá pesa sobre la conciencia de Basselli; (la verdad es que su traje de *Mefistófeles* estaba muy deteriorado).

El caso es que no se volvió á dar; pero en cambio cayó *Jone* entre las manos de los resueltos artistas, y los carteles anunciando

HOY, SÁBADO,

se pondrá en escena la gran ópera en 4 actos del inmortal maestro Petrella

JONE

CON EL GRAN CUADRO DE LA

ERUPCIÓN DEL VOLCÁN VESUBIO

Y EL TERREMOTO

atrajeron concurrencia al paraíso, que se esperaba ver *El terremoto de la Martinica* con arias intercaladas en los escobros.

Visto lo cual volvió á darse *Jone* del inmortal maestro Petrella y la erupción del Vesubio, parte principalísima de la obra, con buen éxito. Pero ya abusaron; aquello se repitió más de lo regular y volvimos á las andadas.

Finalmente, un día, memorable día! el barrio vió anunciado francamente, sin reticencias, *Il Guarany*.

El gran repertorio iba á consagrar á San Felipe, y la empresa esperaba mucho de la partitura y de la explosión de los barriles de pólvora en el segundo acto. Estaba visto que allí tenía tanta parte la piro-técnica como la armonía, en cuestión de óperas.

Se confió y recomendó cuidadosamente la misión de encender la mecha de la bomba colocada bajo el proscenio á un muchachón, encargado infaltable del cuidado de la cabra para *El salto del Pasiego*, y del borriquillo del lego de *Los Madgyares*, cuando estas obras se daban en San Felipe.

Si el desdichado se hubiera supuesto las consecuencias de su pusilanimidad, de fijo no hace lo que hizo; porque aquel sér hizo aquella noche una barbaridad, sin lugar á duda.

Probablemente le atemorizaron algunos mal intencionados malandrines; tal vez se atemorizó solo y espontáneamente, casi seguro, lo atemorizó la bomba; el caso es que ya concluido el segundo acto, le trajeron, cubriéndole de impropiedades amenazado con prisión perpetua, del café del frente, donde fué á parar en su poco digna fuga.

Y figúrense ustedes la desesperación de Basselli que allá en la escena, se encarnizaba con el barril y la tea, sin lograr oír el estallido del abandonado explosivo. La situación fué desesperante; y tanto, que visto que los terribles barriles no explotaban, tuvieron los bravos portugueses que decidirse á caer muertos de susto, con gran descontento del público que no quería por lo visto convencerse de que aquella gente muriera así; víctima de una explosión platónica.

Entre tanto Milani corría abajo, decidido á encender la bomba ó á despatarar al muchacho. Logró lo primero, pero era tarde; la formidable explosión se produjo ya caído el telon, dando un susto atroz al director de orquesta que allá pateaba y bramaba dirigiendo los últimos compases del final.

Cómo quedó aquel maestro vivo, nadie lo sabe: Y han de creer ustedes que este accidente dió fin á la temporada.

Fuera la sensación del ridículo, fuera el temor á la burla, fuera el desaliento ante aquel fracaso, lo cierto es que la ópera abandonó para siempre á San Felipe.

Después oí decir que el pobre Milani había muerto olvidado, no sé en dónde; quizá en un hospital.

Y al cabo de algunos años, ví á la *prima donna soprano absoluta*, señorita Terzano, formando parte como comprimaria, de una de las compañías de Ferrari.

Cosas de la vida.

ARTURO GIMÉNEZ PASTOR

Correspondencia Particular

Livio Druso—Montevideo—Pues el penúltimo me parece algo duro, tratándose de compañeros, y el último algo blando, y un tanto equívoco. Mande otros para sustituirlos, bien pensados, y con mucho gusto.

Filomeno—Id.—
Está visto, Filomeno.
Nunca hará usted nada bueno.

P. P. P.—Id.—Muy probablemente irá en el próximo. Y si han de ser así otros, vengan los otros.

P. Lito—Id.—
¡Ah! ¿Sí? ¿Qué pincha y corta?
¿Que usted á cualquiera incrusta?
¿Que aquello no le gusta?
¡Y á mí qué se me importa!

Un tirio—Durazno—
Vaya; eso es cargante, *Tirio*.
Vaya usted «á embromar un lirio!»

P. L.—Pando—Pero hombre; escribe Vd. como un hidrocéfalo!

J. G.—Montevideo—Pues, no me cabe duda; usted se ha creído que el semanario es un buzón de los amantes.

Pero no es. Deveras.

C. Vera—Id.—
Será al mirarle tan cruel
con la poesía, Vera,
mas, créame, no quisiera
yo estar dentro de su piel.

CORREO ADMINISTRATIVO

R. A.—Salto—Entiendo que solicita Vd. las suscripciones desde el 1º de Junio. Si no fuera así, me lo avisará. Irán los seis números, y gracias.

L. S. B.—Pando—En todo caso, el mal proceder sería el de Vd., que no lo ajustó á lo prevenido; mi aviso es perfectamente correcto, y no veo en ello razón para sulfurarse. Recibido giro.

F. R.—Libertad—Cuando Vd. guste; á sus órdenes.
J. B.—Rosario—Van por este correo los números pedidos.

M. W.—La Paz (C. P.)—Muy bien. De acuerdo. Se hará como Vd. lo indica.

CAFÉ NINE PINS

Espléndidos almuerzos á 40 centésimos. Comidas á 50 centésimos. Servicio á la carta á 6 centésimos el plato! Jueves y Domingos platos especiales.

Servicio á todas horas.

Dirección de cocina á cargo del maestro italiano D. Francisco Fortunato, hombre famoso si los hay. Servicio esmerado en salones particulares.

